

CAPÍTULO XI

EL TERCIO DE MONCADA.—VENECIA.—LA ALEGRÍA DE ITALIA

El maestro de campo D. Miguel de Moncada era un noble caballero, vástago de uno de los más ilustres linajes de Cataluña: hijo de D. Guillén Ramón de Moncada, señor de Villamarchant, y de su esposa doña Constanza Bou. Su vida fué una vida heroica y prudente, que es cuanto puede alabarse á un buen militar. Sirvió al rey desde la primera mocedad hasta la extrema vejez; sagaz en el consejo, pronto en la resolución, y en todo momento fuerte y valeroso, no hemos de imaginárnosle como uno de aquellos militares fanfarrones, de rojas mejillas, que pintó Velázquez, cuando ya Marte era un soldado borrachín, digno compañero de Menipo y del bufón D. Juan de Austria, sino como uno de los personajes de pálido rostro, de negro justillo, de aguda y voluntariosa barba, á quienes saludamos todos los días en los cuadros del Greco. Ocorre aquí la reflexión de que probablemente el error en la manera de considerar á Cervantes y á su vida, parte de esta confusión pictórica.

De Lope, y más aún de Calderón, podremos hablar recordando á nuestros amigos los caballeros velazquinos, pero de Cervantes no diremos pictóricamente nada acertado si no retrocedemos unos cuantos años hasta fijar nuestra imagen de las fisonomías, de los gestos y aposturas, inspeccionando los personajes que Teotocópulos dejó allí vivos en sus telas. Rara vez son linfáticos y adiposos estos señores: por su mayor parte son hombres espirituales, dotados de aquella finura atildada, que cuando se hermana con la valentía y la resolución, forman el carácter distintivo de los

grandes períodos de la Historia; son caballeros tristes que miran al cielo con ojos extáticos, pero que si los abaten á la tierra, serán capaces de revolver en ella hasta meter en un puño á la humanidad. Y para que os representárais la vida militar de Cervantes y el empaque y estampa de las personas que en torno suyo anduvieron durante estos años, bueno sería imaginaros aquella fiera y arrogante figura del Centurión, que en el cuadro del *Expolio de Cristo* (sacristía de la Catedral de Toledo) recibe en su coraza bruñida el reflejo, semejante á una llamarada roja, de la veneciana túnica del Redentor; y luego, el armado y pesante cuerpo del conde de Orgaz, D. Gonzalo Ruiz de Toledo, (Toledo, iglesia de Santo Tomé) cuya armadura milanese es madre de la del conde de Benavente, velazquino; y por fin, el tropel, un poco fantástico, de soldados que rodean (en el cuadro del Escorial) al centurión Mauricio, y en cuyos ojos brilla la fé, aquella fé que no escrupulizaba en absolver de todos sus pecados y delitos á la picaresca.

Son esos soldados de flaco rostro, de aceradas y firmísimas piernas, de anchos pechos y atléticos biceps, donde no hay sino músculo y vena, los soldados que conoció Cervantes, los que habían vencido en San Quintín con Pescara y con Leiva, los que tomaron á fuerza de sangre las crestas de las Alpujarras; y D. Miguel de Moncada, á cuyo cargo corría uno de los cuatro tercios que en pie de guerra se hallaron prontos en Nápoles (siendo los otros tres el de D. Lope de Figueroa, el de D. Pedro de Padilla y el de D. Diego Enriquez), era un caballero de aquella raza fina y fuerte que tan poco duró. Peleando en San Quintín, había sido prisionero y rescatado por sus deudos, pertenecientes á la casa real de Francia. En la guerra de Granada ganó el ascenso á maestro de campo, y desde allí pasó á Italia con su tercio de soldados viejos y aguerridos, más valioso por la calidad que por el número, pues á poco fué menester reformarle, agregándole dos compañías de bisoños.

Formaban el tercio de Moncada diez compañías cuyos capitanes eran Jerónimo de Gis, Marcos de Isaba, Pedro de Torrellas, Rafael Puche, Rafael Luis Terrades, D. Enrique Centellas, Rodrigo de Mira, Melchor de Alveruela, Jerónimo de la Cuadra y

Diego de Urbina. De los apellidos se infiere que los más eran catalanes, valencianos, y aragoneses, gente brava y dura, caudillos indomables para quienes las fatigas del pelear eran un recreo y las tremolinas y rebullicios del campamento un descanso. El tercio iba con banderín alto, muy mermada la gente, como se ha dicho. No debía de haber dificultad en que Miguel se alistase, entre otros tantos que á lo mismo acudieron.

Era el capitán Diego de Urbina, alcarreño, *un famoso capitán de Guadalajara*, como dice su inmortal soldado. Las gentes de Guadalajara y las de Alcalá de Henares se estiman como más parientas y paisanas que las de Alcalá y las de Madrid. Nada tiene de extraño que desde un principio el capitán Diego de Urbina conociese al animoso mancebo y se le aficionara, casi en concepto de conterráneo. Y ahora que ya tenemos á Cervantes dejando el hábito de camarero cardenalicio por el arreo bizarro y los colorines y plumas del militar, pensemos lo que sería para él hallarse metido en la vida de la soldadesca, cruzando Italia de parte á parte como, sin duda, entonces debió de recorrerla, gustando libremente todas las dulzuras que antes apenas le llegaran á los labios, siendo un hombre que de su ánimo y de sus fuerzas lo esperaba todo.

Entonces quizás atravesó el corazón de Italia, desde Roma hasta Ancona, y embarcando allí pasó por Ferrara á Venecia, "ciudad que á no haber nacido Colón en el mundo no tuviera en él semejante: merced al cielo y al gran Hernán Cortés que conquistó la gran Méjico para que la gran Venecia tuviese en alguna manera quien se le opusiese. Estas dos famosas ciudades—prosigue lleno de admiración—se parecen en las calles, que son todas de agua: la de Europa, admiración del mundo antiguo; la de América espanto del mundo nuevo. Parecióle que su riqueza era infinita, su gobierno prudente, su sitio inexpugnable, su abundancia mucha, sus contornos alegres y, finalmente, toda ella en sí, y en sus partes digna de la fama que de su valor por todas las partes del orbe se extiende, dando causa de acreditar más esta verdad la máquina de su famoso arsenal, que es el lugar donde se fabrican las galeras con otros bajeles que no tienen número."

Fuera yerro pensar que Cervantes, á sus años, hubo de absorber en su espíritu cuanto Venecia ofrece al turista de hoy, rebuscador de exquisitas y casi enfermizas emociones; pero aún más erróneo sería creer que no le quedó en los ojos la sensación del color y de la luz de Venecia y dudar que, pintor, él hubiera pertenecido á la escuela veneciana, madre de la madrileña, que es decir, lo más español de la pintura española: y de cuadros venecianos, de suave y descompuesta luz, que sobre unos terciopelos ó damascos rojos cae, señorial, están llenas las partes cortesanas de sus obras, y sus damas nobles son damas de Tintoretto y de Tiziano, bellas damas de cabellos rubios rizosos, de ojos entre pasmados y burlones, de alma sutil y antojadiza. Venecia era además, entonces, señora de sus laberínticos pensamientos y dueña de sus enrevesados designios; casa y albergue de la perfidia, más temible que Florencia, á pesar de Maquiavelo, porque en Florencia sólo hubo uno y en Venecia cada ciudadano era un Maquiavelo pequeño ó grande. Venecia, que tanto dió que hacer años después á Quevedo, mucho debió dar que pensar á Cervantes. Contábase entonces ó no se contaba con los venecianos para todo, y singularmente para las empresas marítimas; lo que no se hacía era prescindir de ellos, en favor ó en contra. El genio solerte de Venecia, nacido en sus umbríos y húmedos palacios y en sus canales, donde el silencio mora y la más endeble voz hace estremecerse á los nervios de punta, puso en la mente de Miguel lo que la luz de los canales le había puesto en los ojos. Fijáos en que habla él de Venecia con admiración, pero no con el entusiasmo que derrama al mentar á Milán la bonachona. Esta era una impresión corriente en su época. A Venecia se la consultaba, se la temía.

Pero Miguel era, como español, amigo de visitar casas devotas, reliquias y monumentos de piedad y hallándose en Ancona, no dejó de hacer el breve camino hasta Loreto y visitar la casa santa. Viejo y devoto, para sí ó para los demás, recordaba con placer, cómo "en aquel santo templo no vió paredes ni murallas, porque todas estaban cubiertas de muletas, de mortajas, de cadenas, de grillos, de esposas, de cabelleras, de medios bultos de

cera y de pinturas y retratos que daban manifiesto indicio de las innumerables mercedes que muchos habían recibido de la mano de Dios por intercesión de su divina madre, que aquella sacrosanta imagen suya quiso engrandecer y autorizar con muchedumbre de milagros, en recompensa de la devoción que le tienen aquellos que con semejantes doseles tienen adornados los muros de su casa. Vió el mismo aposento y estancia donde se relató la más alta embajada y de más importancia que vieron y no entendieron todos los cielos y todos los ángeles y todos los moradores de las moradas sempiternas. No se ha de creer que este pedazo de sermón incrustado por Miguel entre sus apotegmas escritos en *El licenciado Vidriera* refleje la situación de su ánimo al visitar la Santa Casa de la Virgen que se conserva en Loreto y contemplar la chimenea donde Nuestra Señora guisaba y adorar la escudilla en que servía las sopas á su esposo el Carpintero de Nazaret; sí que la Santa Casa llenó de emoción placentera á Miguel, y quizás le recordó su hogar lejano, del que no tenía noticias sino muy de tarde en tarde, ó tal vez le llevó al magín la remembranza de la paz y sosiego en que, á tales horas, su buena y dulce hermana Luisa hilaba despaciosamente y beata el hilo de la existencia en la rueca conventual.

Ni hemos de pensar que sólo en recorrer ciudades y visitar iglesias se ocupaba Miguel, á quien las obligaciones de soldado, á la verdad, muy poco estrechas en tiempos pacíficos, traían y llevaban de una parte á otra en ocasiones, mientras que á veces, le dejaban correr al filo de su capricho, las abundantes hosterías, las regaladas casas de placer con que una Providencia pagana sembró el suelo itálico para hacer en él sabrosa y cara la vida.

Como siempre sucedió, no andaban las pagas de los soldados tan corrientes que no pasasen ellos por terribles alternativas de escasez y comodidad. Una temporada, apenas podía valerse el menesteroso militar que tiritaba de hambre y de frío dentro de su coletó acuchillado y no por gala, sino por necesidad, y la siguiente se le veía pavonearse orgulloso, muy erizado de mostachos y muy abierto de faltriqueras, porque había cogido unas cuantas pagas de una vez. Siendo la compañía de Urbina compuesta de

soldados viejos y conchudos, pronto aprendió Miguel todas las tretas y trazas de que se valían para conllevar estos perdurables vaivenes de la fortuna: y aquí admiramos algo de lo que ya habíamos notado en Sevilla y es cómo nuestro hidalgo tocó cien veces en los linderos del hampa y de la picardía y en todas ellas supo conservarse digno y entero, sin que de él se pudiera decir nada manchoso, lo que es tanto más estimable cuanto que las ocasiones de embarrar nombre y manos eran muchas, los aprietos grandes, la libertad sin límites y el temor que los soldados infundían bastante á asegurarles impunidad en todo caso. Leed las vidas de soldados que, sin ficción novelesca ni apresto imaginativo, nos quedan por ahí: la de Alonso de Contreras, la de Miguel de Castro, por ejemplo, y hallaréis en ellas mil pormenores que, aun cuando estéis por cima de la moral y profeséis la religión de los fuertes, de fijo os asquearán el estómago. De estas cosas veía Miguel un día y otro en la soldadesca, pero él sabía apartarse á tiempo y jamás sus manos llegaron á donde llegaban los ojos, más movidos de sana curiosidad que de torpe concupiscencia. ¿Y sabéis por qué supo siempre contenerse? Porque él poseía lo que á los otros faltaba, el ideal que á los genios conduce y que en tantas ocasiones les saca del fango, antes de hundirse en él, como á Cervantes, ó después, como al Canciller Bacon.

Este ideal de Miguel, no satisfecho aún con el peso del arcabuz ó de la pica en los hombros, le hacía penetrar cada vez más en el encantado jardín de la poesía italiana, que ya huerto propio le parecía. Aquí y allá topaba con sus fieles amigos los gigantes y los caballeros de ventura, hablando en bellos endecasílabos toscanos: ya en los interminables cien cantos del *Amadís de Gaula*, donde el viejo Bernardo Tasso ponía al servicio y en alabanza de los españoles su menesterosa inspiración, mal pagada por los franceses, ya en el *Morgante*, de Pulci, que entonces comenzaba á alborotar con sus berridos jayanescos á Italia, ya en el finústico *Orlando enamorado*, del caballero Boiardo. Comenzaban á correr de boca en boca las melosas octavas de Armida y de Herminia, de Reinaldo y de Tancredo, según iba componiéndolas el eterno adolescente Torcuato Tasso, cuyo *Reinaldos de*

Montalbán se escuchaba también, aunque sin tanto gusto. Hacíase un poco vieja la pastoril *Arcadia*, de Sannazaro, y todavía no era nuevo el *Aminta*. Aún no habían pasado sino dos años desde que se apagó la blanda voz del grande amigo de Garcilaso de la Vega, Luis Tansilo, á quien Cervantes admiró excesivamente. Circulaban por donde quiera, y no menos que en libros, en tertulias y en pláticas de *trattoria* y de cuerpo de guardia, los cien mil sabrosos cuentecillos de los *novelier*, las graciosas é inocentes narraciones de Massuccio Salernitano, las profundas y venustísimas del gran Boccacio, los licenciosos relatos del des-cocado fraile Agnuolo Firenzuola, los sangrientos dramas narrados por el obispo Bandello y por Luis da Porto, las cien fábulas terroríficas ó *Ecatommiti* de Giraldo de Ferrara, llamado *Cinthio*.

De los salones del Vaticano y de los palacios cardenalicios había saltado á la calle la comedia desvergonzada y procaz, en que se pintaban al desnudo todos los vicios de la sociedad italiana: la *Lena*, ó Celestina de Italia, que compuso el desmandado Ariosto; la *Calandra*, del proto-impudente cardenal de Bibbiena; la *Cortesana* y la *Talanta*, del obscenísimo Pedro Aretino, y la bella, la amplia, la graciosa y la única *Mandrágola*, del secretario Maquiavelo. Cachos de escenas picantes y de satíricos diálogos de estas comedias andaban ya por calles y plazas sazando las antiguas groseras burlas de Colombina, Arlequín y Casandro, nietos del *Maccus* y del *Bucco* latinos, que corrían la tunesca vida por todos los campos, villas y aldeas del Papa y de los príncipes y señores italianos.

Embebecido en tan gustosas contemplaciones andaba Miguel cuando, con voces más fuertes que nunca, resonó por toda Italia el cansado y repetido tema: —¡El turco baja, baja el turco!— y toda Italia miró hacia Venecia, sabiendo que los venecianos poseían el secreto del porvenir. Afligióse el Papa, santísimo varón á quien hoy se venera en los altares; Felipe II compartió la zozobra y temor de la cristiandad. Cada uno dispuso las galeras y fuerzas que pudo. Nombró el Papa á Marco Antonio Colonna; Felipe II á Juan Andrea Doria y á Don Alvaro de Bazán á las

órdenes de éste. En los últimos días de Mayo de 1571 súpose en todas partes que se había formado la Liga contra los turcos. Los sagaces mercaderes de Venecia habían pesado y comedido sus intereses, y ayuntaban sus fuerzas á las del Papa y á las de los españoles. Al frente de ellas venía, no ningún Doria ni ningún Colonna, sino el propio hermano del Rey, á quien los soldados llamaban, con filial y cariñosa confianza, *el señor don Juan*.

Entre Mayo y Junio se completó el tercio de Don Miguel de Moncada. Rumores de guerra corrían por todos lados, y con ellos escalofríos de contento. Mar y tierra se aprestaban para el combate; el cielo primaveral miraba y parecía oír, azuleando benigno, el estridor de los mosquetes y el golpear de los remos. Miguel sentía su alma poseída de impaciencia heroica. La esperada puerta se abría de par en par.